

2. Aprender el movimiento de nuestro imaginario social

Ana Pizarro,
Carlos Pacheco

Tal vez el logro más importante de la discusión que precede a esta 2a. Reunión de Expertos para el Proyecto de *Historia de la literatura latinoamericana* haya sido definir este trabajo de elaboración colectiva como una labor de vocación latinoamericanista. En el continente del descontento y la promesa centró su labor el gran propulsor de la historiografía literaria contemporánea de América Latina, Pedro Henríquez Ureña, cuyo nombre fue sugerido para dedicar el trabajo que estamos llevando adelante. No es esto un azar. En el maestro dominicano la tarea de la historia literaria se inserta en un proyecto mucho más englobante del que es expresión y al mismo tiempo impulso: aquel de la Utopía de América. La tarea historiográfica para Henríquez Ureña se constituía en un elemento de autoconocimiento, de autoconciencia. Es la historia de una literatura en busca de expresión, búsqueda que se percibe como proceso total: proceso social, político, camino de la utopía como "patria de la justicia" en donde el hombre adquiere su plenitud social e individual, en donde se nace a la universalidad sin dejar de pertenecer a la aldea. Pero la utopía, para Henríquez Ureña no es un "vano juego de imaginaciones pueriles", es un supuesto histórico; y la búsqueda de nuestra expresión, al mismo tiempo que es la forma conceptual de apropiación de ella, es un esfuerzo para construirla. Allí se inserta su tarea de historia literaria.

En un sentido similar —y por ello hablamos de logro— se llevó a cabo la discusión que realizamos. Lo que buscamos diseñar fueron los instrumentos conceptuales que nos permitieran poder comprender para construir la unidad en la diversidad de la literatura latinoamericana. Observar que el mundo hispano es diferente del mundo brasileño, pero sin embargo es uno mismo, y por eso estamos aquí hoy en la Universidad de Campinas todos en la misma tarea. Comprender los modos de articulación del mundo del Caribe con el resto de América Latina. Entender nuestras formas de relación con el mundo latino —con la Romania—

con la literatura occidental y con el mundo, nuestras concretas vinculaciones y formas de apropiación de las otras literaturas. A esta toma y modo de apropiación es que hemos denominado *Comparatismo contrastivo*, con el objeto de poner en evidencia por una parte la unidad en la diversidad de las literaturas del continente, y por otra la relación de pertenencia a la literatura occidental y universal, así como sus elementos diferenciales. Este concepto ha constituido de hecho un aporte a la discusión general del comparatismo. Tal vez él estaba ya apuntado cuando Mariano Picón Salas, al hablar del quehacer histórico en un mundo de pleno crecimiento y frente al peligro de los nacionalismos cerrados, señalaba: "La más comprensiva Historia de América será la que separando lo estrictamente localista estudie las constantes coincidencias y contrastes de un proceso comparable".¹

Comprender y construir la complejidad de nuestras relaciones con la cultura europea y universal es lo que llevó a la observación de otro concepto central de la proposición historiográfica comparativa: el concepto de *Función histórica*. En efecto, en una literatura que busca su expresión la historia literaria debe poder observar que más allá de las diferenciaciones estéticas a veces enormemente contradictorias subyace una función histórica que puede establecer la continuidad. Y nuestras literaturas son esto: ruptura y continuidad al mismo tiempo. Por eso:

"Nuestra historia literaria de los últimos cien años —dice Pedro Henríquez Ureña— podría escribirse como la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta; deberá escribirse como los renovados intentos de expresión y sobre todo, de las expresiones realizadas."²

En esta proposición del maestro dominicano se encuentra, globalizante e integradora, la dinámica de la ruptura, del "flujo y reflujo" de aspiraciones y al mismo tiempo una continuidad que es la búsqueda de la expresión perfecta. Esta expresión es lo que constituye las formas de autoconciencia social y es lo que hace del discurso de Henríquez Ureña "el desarrollo orgánico de una totalidad en el que la sociedad y la literatura se condicionan recíprocamente"³. Es así como la literatura se va constituyendo como tal y es así como va definiendo también los procesos de relación posibles y de diferenciación respecto de Europa. Con esta literatura nos emparentamos y frente a ella necesitamos también definirnos:

"Lo que se buscará en nosotros —apunta Picón Salas— dentro de la gran circulación humana es aquello en que nos diferenciamos: los pro-

¹ Mariano Picón Salas, *Dependencia e Independencia en la historia hispanoamericana*; Antología, Caracas, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos (CELARG), 1977.

² Pedro Henríquez Ureña, "Los caminos de la historia literaria" en *La Utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pág. 47.

³ Rafael Gutiérrez Girardot, "Pedro Henríquez Ureña", en Pedro Henríquez Ureña, id. pág. XX.

ductos de nuestro clima espiritual que, siendo propio, se rige por las leyes universales del clima."⁴

Es dentro de esta perspectiva que el proyecto que intentamos llevar a cabo puede inscribirse en una *Historia de las literaturas de lenguas europeas* y es dentro de este espíritu que estamos llevando el diálogo con los investigadores de las otras literaturas en el seno de la Asociación Internacional de Literatura Comparada.

Hemos llegado, en esta primera fase del trabajo, a proponer los puntos de partida: el establecimiento de una conceptualización de referencia para la construcción de esta historia. Es una conceptualización lograda a través de un trabajo de grupo, y nos parece que también esto es logro de la etapa en que estamos. No es fácil superar las diferencias de los puntos de vista individuales en función de una elaboración común. Es uno de los elementos positivos que hemos obtenido, pero también es un desafío para la discusión que hoy se inicia y para el trabajo en general. Nos parece que éste es un nuevo esfuerzo que debemos desarrollar en función de la aprehensión del movimiento histórico de nuestro imaginario del Mundo Nuevo, de nuestro proceso general de autoconocimiento.

El problema que enfrentamos en estos cuatro días es concreto: elaborar la periodización, en sus líneas globales y el temario de su desarrollo. Conocemos la dificultad e intentamos percibir algunos de los problemas que esta proposición significa. Ello implica desde luego la revaloración del método histórico, cuyo descrédito se dio en gran medida con el desarrollo del positivismo, la separación tajante entre historia y crítica, y, en general, con los mecanicismos de todo tipo. El descrédito del método histórico ha tenido que ver con una forma de su interpretación y no con su validez como tal. En este sentido lo que se reivindica es una concepción dialéctica de la historia que en la expresión de Robert Weimann tome conciencia de su propia función social y que "tendrá que considerar el problema de la historia literaria desde un ángulo en que la literatura es historia y la historia es un elemento de la estructura literaria y la experiencia estética".⁵

Al aproximarnos al trabajo de organizar la historia es importante observar que desde el primer intento periodizador de la historiografía literaria latinoamericana hay toda una secuencia de proposiciones que ponen en evidencia la necesidad, tanto de aprender de sus limitaciones, como de asumir sus perspectivas válidas. Estas limitaciones no son propias del desarrollo historiográfico de América Latina, lo son más bien de la disciplina historiográfica misma, en la medida en que la historiografía es también un proceso y el trabajo que aquí se desarrolle dará cuenta y avanzará seguramente sobre el estado actual de los problemas relativos al continente en este campo. Pero los problemas también

⁴ Mariano Picón Salas, id. pág. 44.

⁵ Robert Weimann "Significación pasada y sentido actual de los estudios de la historia literaria" en *ECO*, t. 35, n. 213, Bogotá, julio de 1979.

quedarán abiertos, de manera que en el futuro se puedan instrumentar los mecanismos de su posible reconsideración.

Es pues en la conciencia de que se trata de una reflexión en desarrollo, que nos permitimos recordar las formas más evidentes que se ha dado en el continente a la organización histórico-literaria y que de uno u otro modo han suscitado discusión y crítica.

Una primera línea de discusión estaría en lo que podría ser la "lectura fragmentadora" de la historia literaria. En esta lectura, por una parte, la realidad continental se disgregaría en la multiplicidad de las literaturas nacionales tratadas aisladamente. Por otra, la fragmentación se daría a través de un proceso aditivo de autores y obras, lo que implica cierta percepción homogénea de los elementos a través de la cual se escurriría el criterio de unidad de la literatura continental. La percepción fragmentadora se organiza en disposición lineal cronológica en donde el hilo unificador está dado por el desarrollo temporal. Dentro de esta lectura podríamos también inscribir las críticas de mecanicismo y de ruptura de un decurso que se han hecho a la opción generacional. La crítica a este tipo de lectura tiene como presupuesto la posibilidad de que el trabajo historiográfico logre una articulación orgánica de la literatura, vista como una totalidad que asume los niveles de su heterogeneidad como las relaciones de las partes a un todo.

Un segundo tipo de orientación parece haber consistido en una lectura selectiva. Ella privilegió a sectores, sistemas, regiones. Es el caso prácticamente general de las historias literarias que han intentado periodizar sólo el sistema literario culto, en desmedro de las manifestaciones populares e indígenas. Esto implica también un criterio selectivo en términos del concepto de literatura como una manifestación escrita y en menoscabo de la oralidad. Esta lectura selectiva guarda también relación con el privilegio que ha tenido el sector de las literaturas hispanas, y el manejo tendiente de generalizar la denominación "literatura hispanoamericana". La superación de este tipo de lectura; la clarificación respecto del concepto en evolución de América Latina — la consideración de la América hispana junto a Brasil y al Caribe en general — así como la inclusión de los distintos sistemas literarios en la medida en que el desarrollo del conocimiento lo permita, que se dio en la discusión de nuestra Primera Reunión de Caracas de noviembre de 1982 parece que nos pone en alerta frente a este tipo de limitación.

La lectura nacionalista constituye otra línea de orientación de las periodizaciones latinoamericanas. Ella valora la noción de "unificación nacional" y no organiza el desarrollo de la historia literaria sino en términos autónomos, en desmedro de una dirección continental o universal. Se convertiría así, como señala Rafael Gutiérrez Girardot, en una lectura "provinciana", que periodizó los fenómenos sin relación con otros similares de otras literaturas. En este sentido muchas veces aquello que se advierte como peculiaridad de nuestra literatura, es sólo una peculiaridad relativa, en la medida en que ella existe también en otras literaturas. Es el caso por ejemplo de la noción de mestizaje, que si bien en la historia cultural de América Latina constituye un fenómeno

presente, en muchos desarrollos culturales existió en algún momento de su historia.

En este sentido, un proyecto de tipo comparativo como en el que estamos empeñados, al poner a nuestras literaturas en relación entre ellas y al observar sus formas de relación con las literaturas occidentales y la literatura universal, se propone una perspectiva que permite equilibrar este sistema de nociones y evitar esta lectura nacionalista de nuestra periodización literaria.

La noción de "comparatismo contrastivo" que la reunión anterior propuso como instrumento conceptual de mayor precisión que el de "comparatismo" solamente, distingue al mismo tiempo que las convergencias los elementos diferenciales entre las literaturas del continente, así como sus específicas formas de apropiación de las otras literaturas. Apunta, por otra parte, a la superación de lo que ha sido la lectura transaccional de modelos teóricos, la lectura europeizante, que en muchos casos ha intentado comprender nuestros fenómenos encasillándolos a ultranza en conceptualizaciones provenientes del análisis de otras realidades. Si existe con ellas en común lo que Mariano Picón Salas llamaba "las leyes universales del clima", es también cierto que nuestra literatura es producto de "nuestro clima espiritual", variante constitutiva de un sistema mayor.

Estas formas de percibir la organización de la historia literaria latinoamericana constituyen, más allá de la crítica que puedan suscitar, intentos de organización que pertenecen a la historia de nuestra historiografía y su labor nos permite acceder a una vasta información, valorar sus criterios y desarrollar una crítica que significa partir de todo un trabajo ya realizado. Estas lecturas se han concretado en criterios de periodización específicos, que muchas veces se mezclan, por la complejidad del material a organizar. Por una parte se ha periodizado por siglos, en una nomenclatura cronológica que se vuelve recurrente frente a la dificultad de definir el movimiento interno de los materiales. Se ha periodizado a partir de un corte histórico, en donde el período está marcado por hechos transcendentales de la historia política. Así se habla por ejemplo de la literatura de la Conquista, o de la Independencia. Se periodiza a partir de la historia económica y social, en donde los períodos responden a instancias de los procesos productivos en la economía. Se ha periodizado de acuerdo con el dinamismo interno de las tendencias y movimientos literarios⁶. Se periodiza por épocas culturales (Renacimiento, Barroco, etc.). Luis Alberto Sánchez ha utilizado por su parte⁷

⁶ No ha existido en nuestro continente un desarrollo sistemático de lo que podría ser una Poética histórica, véase Mikuláš Bakoš, "La poética histórica y la historia literaria" en *Boletín "Criterios"*, n. 7, Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), La Habana, 1968, o el desarrollo de lo que sería una "historia de las formas" véase Kibbedi Varga, "Pour une histoire intertextuelle de la littérature" en Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AIRC), Nueva York, agosto de 1982.

⁷ Luis Alberto Sánchez, *Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944.

un criterio cronológico-temático. Finalmente existe dentro de la organización de nuestra historia literaria la proposición de periodizar en relación con la constitución de un proceso literario. En este sentido por ejemplo se orientan las proposiciones de José Carlos Mariátegui, Pedro Henríquez Ureña, Oldric Bèlic y Antonio Cándido, por ejemplo. Desde esta perspectiva, como sabemos Antonio Cándido hace la diferenciación entre "manifestaciones literarias" y "formación de la literatura", momento en que ésta ya constituye un público y funciona como sistema.

Parecería ser entonces, a partir de las discusiones sobre las perspectivas y los criterios periodizadores de la historiografía continental, que se trata de orientar un desarrollo organizativo que permita evitar la adición. Que se trata de abandonar criterios reduccionistas y situar a la literatura latinoamericana como totalidad en el contexto de la literatura occidental y universal. En la reunión anterior, la noción de período surgió como la de una gran instancia histórica abarcante. Su amplitud albergaría el dinamismo interno unívoco y a la vez contradictorio de un proceso continuo. En su seno conviven, se superponen y se oponen lo que Angel Rama llama "secuencias" de carácter estético, que dan espesor a la historia y cuya heterogeneidad "nos permite avisorarla como una representación de la normal estratificación social"⁸. Allí se observa la evolución de las estructuras literarias en discursos muchas veces paralelos y contradictorios que constituyen fenómenos literarios emergentes, generadores de norma estética, de "horizonte de expectativas" de un público, y que luego entran en proceso de reacondicionamiento, de contradicción con otros procesos en coyunturas que ponen en evidencia el cambio. En este sentido señala el checo Félix Vodicka que la obra constituye para el historiador literario "un componente dinámico del proceso evolutivo"⁹.

El período constituiría pues un instancia amplia, abarcante de un dinamismo también necesario de articular en instancias o secuencias que logren dar cuenta de las tendencias evolutivas básicas del proceso. Dice el investigador húngaro Istvan Söter:

"the historical period does not embody one literary and arts epoch but phenomena which are extremely varied, divergent even contrasted. In the divergences, contrasts, even similarities and conflicts emerges the human and historical essence of a period (...) to take an example from music: the theory of period styles considers a period proper as a homophonic phenomenon. As a matter of fact, within a historical period there exists the polyphony of trends and events in literature and the

⁸ Angel Rama, "Sistema literario y sistema social en Hispanoamérica", en *Varios, Literatura y praxis en América Latina*, Caracas, Monte Avila, 1975.

⁹ Félix Vodicka, "La historia literaria, sus problemas y tareas", en *I Y II Boletín Criterios*, n. 5, La Habana, Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) 1979.

arts. *The period itself is a polyphony phenomenon and its wealth, tension and variability occur in polyphony proper.*"¹⁰

Dentro de esta observación sobre la complejidad de los períodos valdría la pena anotar, para el caso latinoamericano, tal vez la necesidad de ubicar regiones culturales supranacionales en donde los investigadores observarán seguramente fenómenos de diferente pulsión interna que no tienen la misma ubicación temporal o se diferencian considerablemente entre regiones como la andina y el Caribe o la región "suratlántica" y Mesoamérica, por ejemplo.

Pero al utilizar la noción de período, y al proponer periodizar, estamos tal vez forzando lo que muchos seguramente pensamos que es la historia literaria. Parecería que al periodizar, incluso en grandes unidades abarcales y de un gran dinamismo, estamos haciendo también una lectura fragmentadora, estamos haciendo cortes en un movimiento histórico-literario que es sobre todo proceso, que es la dimensión de la "corriente" que dio Pedro Henríquez Ureña.

En este sentido queremos anotar la noción de período en la dirección no ortodoxa que le otorga Antonio Cándido, al sugerir:

*"Tanto quanto possível, a idéia de movimento, passagem, comunicação entre fases, grupos e obras; sugerir uma certa labilidade que permitisse ao leitor sentir, por exemplo, que a separação evidente, do ponto de vista estético, entre as fases neoclássica e romântica, é contrabalancada, do ponto de vista histórico, pela sua unidade profunda. A deferença entre estas fases, procuro somar a idéia da sua continuidade, no sentido da tomada de consciência literária e tentativa de construir uma literatura."*¹¹

Estos períodos construirían los momentos de un proceso de constitución de nuestras literaturas, de formación de una tradición y de producción de un discurso que puede asentarse además de otras tradiciones en su propio legado cultural, que se sienta en las bases de un imagina-

¹⁰ Istvan Söter "Of the comparatist method" en *Neohelicon* II, 1-2, 1974. ("El período histórico no abarca una época literaria y artística sino fenómenos que son extremadamente diversos, divergentes, hasta contrastantes. En las divergencias, los contrastes y aún en las similitudes y conflictos surge la esencia humana e histórica de un período (...) para tomar un ejemplo de la música: la teoría de los estilos por períodos considera al período como un fenómeno homofónico. En realidad, dentro de un período histórico existe una verdadera polifonía de hechos y tendencias en la literatura y en las artes. El período mismo es un fenómeno polifónico y su riqueza, su tensión y su diversidad se dan en la polifonía misma") [Trad.: O.C.]

¹¹ Antonio Cándido, *Formação da literatura brasileira*, San Pablo, Univ. de San Pablo, 5ª ed., 1975, pág. 37. ("En la medida de lo posible, la idea de movimiento, pasaje, comunicación entre fases, grupos y obras; sugerir cierta labilidad que permitiese al lector sentir, por ejemplo, que la evidente separación, desde un punto de vista estético, entre las fases neoclásica y romántica está contrabalancada, desde el punto de vista histórico, por su profunda unidad. A la diferencia entre estas fases intento agregarle la idea de su continuidad, en el sentido de la toma de conciencia literaria y del intento de construir una literatura") [Trad.: O.C.]

rio que es de todos y de nadie y que va generando las condiciones siempre renovadas de su producción. Estos períodos, o fases de un proceso literario en construcción, formarían "la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión", los momentos de un continuum a través del cual se configura la literatura del continente como desarrollo de una totalidad.

En lo concreto esto significará seguramente consignar no "todos los pasos de un fenómeno dado, sino de aprehender las tendencias evolutivas básicas"¹²; cuyos momentos estén representados por sus figuras representativas. En ese sentido es que se ha propuesto: "La historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Martí, Darío, Rodó"¹³

El establecimiento de estas grandes etapas no debería reducirse en una perspectiva comparatista sólo al ámbito latinoamericano. También debería abrir la perspectiva a la observación de la filiación con otros sistemas literarios y culturales, esto es el estudio de los procesos transculturales de distintos tipo, así como a la comparación con sistemas en donde la formación de una literatura se da con elementos y en condiciones semejantes, como es el caso de las literaturas africanas, por ejemplo.

En este campo el concepto de influencia parece mostrar su limitación como categoría de análisis, por la dificultad de delimitación así como por la implicación un tanto mecánica que presupone. Habría tal vez que plantearse por una parte la observación de los procesos intertextuales que apuntan al funcionamiento del texto y derivar de allí las conclusiones. Por otra parte establecer la homología necesaria con fenómenos similares, las variables de fenómenos mayores, así como observar —como se planteaba en la reunión anterior— las específicas formas de apropiación cultural y literaria con que un continente de estructura económico-social dependiente asume a las literaturas metropolitanas y extranjeras en general y que constituyen mecanismos que se encontrarán seguramente en otras literaturas, desarrolladas en condiciones análogas.

Es en esta dirección de relación de nuestras literaturas con la europeas que Pedro Henríquez Ureña establece la filiación:

"Aceptemos francamente —dice—, como inevitable la situación compleja: al expresarnos habrá en nosotros, junto a la porción sola, nuestra, hija de nuestra vida, a veces con herencia indígena, otra porción substancial, aunque sólo fuere el marco, que recibimos de España. Voy más lejos: no sólo escribimos el idioma de Castilla, sino que pertenecemos a la Romania, la familia románica que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura."¹⁴

¹² Félix Vodicka, *op. cit.*

¹³ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.*

¹⁴ Pedro Henríquez Ureña, *op. cit.* pág. 42

La relación, sin embargo, es compleja, y el mismo dominicano pone en guardia contra el europeizante y contra el criollista. En efecto, como señalábamos, la relación de dependencia económico-social de nuestro continente genera formas específicas de apropiación, que en algunos sectores y en distintos momentos también es dependencia imitativa de los modelos metropolitanos, pero el movimiento cultural ha sido definido más bien como el de un dinamismo permanente entre nacionalismo y cosmopolitismo, es decir como forma específica de apropiación, no dependencia, sino articulación, pero al mismo tiempo no independencia, sino proceso de autonomización. En este sentido nuestras literaturas se nutren y asimilan modos, estilos, enfoques, temas, estructuras de la literatura europea y de otras literaturas. Pero ellas modifican sustancialmente su discurso en el momento de apropiárselos, asumiendo los distintos movimientos de un proceso transcultural, hasta poder exhibir estructuras propias, como por ejemplo la integración de novela-ensayo-testimonio, la integración del mito en el discurso literario (de peculiaridad relativa), la distorsión de las estructuras literarias y lingüísticas a partir de elementos culturales indígenas, africanos y de culturas inmigratorias, o la función histórico-política del discurso, por ejemplo.

La tarea de estos cuatro días de trabajo consistirá en encontrar la organización necesaria para dar forma concreta a estos problemas en tres volúmenes. ¿No sería posible de acuerdo con esquemas periodizadores conocidos, y en función de la limitación de distribuir los materiales en tres volúmenes, pensar en la distribución siguiente? Pensar por ejemplo en un primer volumen relativo a las literaturas de la Conquista y la Colonia con sus antecedentes, que se extendería hasta fines del siglo XVIII. Un segundo volumen que, comenzando con la Ilustración, se extienda hasta fines del siglo XIX en tanto que constitución de las literaturas nacionales. Y un tercer volumen que se iniciara con el Modernismo y se extendiera hasta nuestros días, apuntando al desarrollo de la literatura en el proceso de modernización.

Es una proposición tendiente a organizar en concreto la distribución de los volúmenes, y que expresa la relación con los cortes que están de algún modo en las periodizaciones conocidas; pero la discusión de estos días será la encargada otorgar a este proyecto de Historia la organización más conveniente.

La historiografía como empresa intelectual que intenta aprehender el flujo y reflujo de nuestro imaginario en el discurso de la literatura —inserta en la cultura y en la sociedad— es la tarea que nos propone la reflexión moderna. Es la que se inicia con Henríquez Ureña, con una orientación de la historia como movimiento y como totalidad. Hemos aprendido que allí sociedad y literatura se condicionan mutuamente, a través de un imaginario social que entrega a ésta su búsqueda y su expresión, volviéndola "lengua general de una sociedad en busca de autoconocimiento"¹⁵ y es, al mismo tiempo, elemento constructor de una cultura y de un proyecto social. Este proyecto, que para cada uno

¹⁵ Antonio Cándido, *op. cit.*

posee distinta fisonomía, se asienta sin embargo en un espacio común, que es el de la "utopía" de América. Pero, como señalaba el maestro dominicano "no es ilusión la utopía, sino el creer que los ideales se realizan sin esfuerzo y sin sacrificio". La invitación de hoy es también pues, a trabajar.